

GRAN BRETAÑA, FRANCIA Y LA SOCIEDAD DE NACIONES: INTERESES Y ACTITUDES FRENTE AL SEGUNDO CONFLICTO ÍTALO-ETÍOPE (1935-1936)

GREAT BRITAIN, FRANCE AND THE LEAGUE OF NATIONS: INTERESTS AND ATTITUDES AGAINST THE SECOND ITALO-ETHIOPIAN CONFLICT (1935-1936)

Alberto Consuegra*

Resumen

Las actitudes e intereses asumidos por Gran Bretaña, Francia, y la Sociedad de Naciones frente al segundo conflicto ítalo-etíope (1935-1936) estuvieron marcadas por una serie de decisiones erradas así como por la ineficacia del organismo internacional. Este trabajo presenta un análisis de las causas que condicionaron el actuar de las potencias europeas durante la época, arista indispensable para entender, primero, el desarrollo del hecho histórico en sí, y sobre todo, la formación de los bloques europeos que más tarde se enfrentaron en la Segunda Guerra Mundial.

Palabras claves: Gran Bretaña / Francia / Sociedad de Naciones / Fascismo / Etiopía.

Abstract

The attitude of Great Britain, France, and the League of Nations against the second italo-ethiopian conflict (1935-1936) was marked by a series

* Licenciado en Historia y Máster en Historia Contemporánea (Universidad de La Habana, Cuba). Programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Buenos Aires/Becario CONICET, sede Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Correo electrónico: alconsaf@gmail.com

of bad decisions as well as the ineffectiveness of the international organization. This paper present an analysis of the causes that determined the actions of the european powers during the period necessary to understand edge, first, the development of historical fact itself, and especially the training of european block later they fought in the Second World War.

Key Words: Great Britain / France / League of Nations / Fascism / Ethiopia.

[Recibido: 21/08/2015 – Aceptado: 3/10/2015]

Introducción

La década del 30 del siglo XX marcó el comienzo de una nueva época para las relaciones internacionales. Importantes acontecimientos como el ascenso y consolidación de regímenes políticos autoritarios en Europa, el desarrollo de la Guerra Civil española, el progresivo ascenso del militarismo japonés en el continente asiático o el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, son algunos de los fenómenos que casi siempre ilustran este decenio. Sin embargo, no pocos historiadores olvidan mencionar el conflicto entre Italia y Etiopía (1935-1936) a la hora de analizar este período.

Italia, luego de haber sido vencida en 1896 en la batalla de Adua, lanzó una nueva contienda militar contra el país africano. Según los discursos pronunciados por Mussolini en nombre del pueblo italiano, la conquista de Etiopía tenía como objetivos centrales explotar los supuestos recursos naturales que allí existían, vengar la derrota sufrida a finales del siglo XIX, y sobre todo, conquistar un territorio que permitiera darle el respiro económico que la dictadura fascista necesitaba, además de ganar prestigio internacional. Este hecho sellará el comienzo de una campaña mundial que, con importantes dirigentes panafricanistas al frente como George Padmore, Namdi Azikiwe, Wallace Johnson, Jomo Kenyatta, así como la posterior fundación del Buró Internacional Africano de Servicios al calor de la solidaridad con Etiopía en 1937, cambiará el destino de los pueblos africanos (Entralgo, 1980:103).

Símbolo de la independencia y de la soberanía, la causa etíope halló fuera de África múltiples muestras de apoyo en defensa de su libertad y de respeto como estado miembro de la Sociedad de Naciones desde 1923. La preparación de importantes manifestaciones públicas, la creación de asocia-

ciones en defensa del pueblo africano, y/o el envío de considerables sumas de dinero en apoyo a Etiopía, por citar algunos ejemplos, fueron varias de las reacciones que tuvo gran parte de la población en países como Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, etc. De igual forma, la personalidad de Mussolini, así como la conveniente imagen que supo vender al mundo de esta invasión mostrándola como un gesto de humanidad en pos de librar al pueblo etíope de la esclavitud y la incivilización, encontraron resonancia en algunos círculos de emigrados italianos y/o grupos de intelectuales en países como Argentina, Hungría, Brasil y Cuba. En ellos se encontró, indistintamente, el asidero perfecto para apoyar a Italia a través de mítines, artículos periodísticos, lanzamiento de proclamas o hasta con el alistamiento para formar parte de las tropas invasoras en la zona en disputa (Consuegra, 2013).

Este artículo tiene como objetivo general la reconstrucción y el análisis de las actitudes e intereses que tuvieron los gobiernos de Francia y Gran Bretaña frente al conflicto italo-etíope, así como el quehacer de la Sociedad de Naciones. La actitud de las potencias europeas en relación a este conflicto no ha sido abordada monográficamente, por lo que el trabajo descansa en la consulta de libros y revistas especializadas que examinan las relaciones internacionales de la época, conjuntamente con notas de la prensa cubana más importante del momento¹, lo que complementa la presentación de un análisis indispensable para entender, primero, el desarrollo del hecho histórico en sí, y sobre todo, la formación de los bloques europeos que más tarde se enfrentaron en la Segunda Guerra Mundial.

Gran Bretaña y Francia ante el conflicto italo-etíope

Las disímiles y variables posiciones mantenidas por Gran Bretaña y Francia respecto a los planes mussolinianos en Etiopía, tanto en el período que se llevaron a cabo las negociaciones con Mussolini en pos de evitar la guerra, así como durante los meses que duró la conquista italiana a territorio etíope, serán el resultado del complejo y oscuro camino por donde transitaron las relaciones internacionales en la década del treinta del pasado siglo, etapa que se caracterizó, sobremanera, por la formación de los futuros bloques de países que más tarde han de enfrentarse en la Segunda Guerra Mundial.

¹ El presente artículo es producto de la tesis «*Mussolini contra Abisinia (1935-1936). Una cuestión que estremeció al mundo*», presentada para optar al título de máster en Historia Contemporánea en la Universidad de la Habana (2011).

Desde la época de la repartición, la estabilidad política en Etiopía no sólo constituía para las metrópolis europeas presentes en África la garantía fundamental de sus intereses económicos en el único territorio africano que no había sido colonizado, sino también la tranquilidad del sistema de explotación colonial en territorios vecinos como por ejemplo en Sudán, algo que se vio en peligro desde el inicio con la posibilidad de una guerra y más tarde con la consumación de la ocupación ítala a Etiopía. No obstante, sería un grave error aseverar que la causa fundamental que llevó a Francia y Gran Bretaña a asumir determinada postura ante los planes italianos fue el temor a perder la supremacía económica en el país etíope y las colonias aledañas. Realmente, aún cuando hayan sido en un principio un tanto conciliadoras y dubitativas, luego responsables e inoperantes, lo cierto es que el móvil central que obligó, sobre todo a Londres y más tarde a París, a convertirse en los principales obstáculos e inquisidoras de Roma una vez iniciada la agresión, fue el deseo de mantener, a toda costa, la relativa paz europea lograda en 1918 y que el capricho mussoliniano puso en peligro a partir de 1935.

Desde finales de la década de los años veinte la tranquilidad impuesta en Europa tras el fin de la Primera Guerra Mundial progresivamente se vio amenazada por la conjugación, de una parte, de la política exterior beligerante y revisionista del status quo territorial que postulaban regímenes totalitarios como el de Benito Mussolini en Italia y el de Adolf Hitler en Alemania, y por otra, por los problemas económicos y los graves desequilibrios internos que provocó en toda la región la profunda crisis económica desatada a fines de 1929, los cuales pusieron en dificultad las relaciones interestatales. En consonancia con esto, a la altura de 1935 ya el precario sistema internacional había sufrido los primeros aldabonazos con la ocupación japonesa de la provincia china de Manchuria (Montes de Oca, 2004: 135-160), mientras que dos años después Hitler secundó ese desafío retirando a Alemania de la Sociedad de Naciones y poniendo en marcha un programa de rearme intenso que violaba abiertamente el Tratado de Versalles. Aún así, los gabinetes ingleses y franceses mantuvieron una política con respecto a este panorama de suma paciencia y tolerancia, y que fue el resultado de la presión que ejerció la opinión pública en sus respectivas naciones respecto al mantenimiento de la paz desde el fin de la Gran Guerra.

En el caso galo, desde la victoria de 1918, la diplomacia estuvo contenida por el temor a un desquite alemán el cual a partir 1933 los hechos lo hacían cada vez más próximo. Unido a esto, las preferencias de los partidos, especialmente respecto a Hitler, mostraban notables divergencias lo que llevó a que recurrentemente hubiese que renunciar a tomar iniciativas radicales en

política exterior y a limitarse a asumir posiciones de cierta reticencia. Por ejemplo, según los grupos de izquierda, su orientación por una hostilidad hacia Berlín era abierta más, sin embargo, eran partidarios de una ideología pacifista (Renouvin, 1969:967). Al mismo tiempo, la sociedad francesa en sentido general esgrimía que no estaba dispuesta a continuar asumiendo las cargas financieras que representaba seguir siendo el «Guardián de Europa», ahora con una situación económica inestable y precaria a consecuencia de la crisis, la cual contribuyó a la propagación de un estado de lasitud moral y la oposición a un nuevo enfrentamiento (Renouvin, 1969: 967).

En Gran Bretaña la situación no distaba mucho de la de su aliada. En 1934, Stanley Baldwin se sentía convencido de que Berlín no estaba dispuesta todavía a emprender una política de expansión territorial y mucho menos estaba preparada para enfrentar una guerra en Europa, mientras consideraba que las declaraciones del *Mein Kampf* estaban destinadas solamente al consumo interior alemán. Según los resultados de un plebiscito organizado al pueblo inglés de forma privada por The League of Nation –grupo de presión británico defensor del organismo internacional de igual nombre-, aproximadamente diez millones de personas frente a seis mil se manifestaban a favor de que Gran Bretaña aplicase, junto a otras naciones en caso de hostilidades, medidas económicas y no militares para detener el ataque de un gobierno contra otro, expresión que el Primer Ministro británico no podía obviar a la hora de estipular su política exterior ante cualquier circunstancia (Parker, 1983: 321).

Entre tanto, este temor franco-británico de concertar cualquier acción que pudiese desatar una nueva contienda militar estaba eclipsado, además, por otra preocupación que el enmarañado escenario diplomático de la época ponía sobre el tapete: la sustitución de Rusia por la Unión Soviética tras el triunfo de la revolución bolchevique en octubre de 1917. Tanto por su naturaleza social revolucionaria y anticapitalista, como por su ascendiente en la política interior de otros Estados a través de los Partidos Comunistas, la URSS provocaba fuertes recelos en los círculos gobernantes franceses y británicos. Tanto en conservadores como liberales, socialdemócratas o laboristas, existía la convicción profunda de que el estallido de otra guerra general europea sólo serviría para desencadenar nuevas revoluciones sociales y extender el comunismo, tal y como había sucedido en la propia Rusia y en Europa central entre 1917 y 1920, por lo que las acciones enérgicas y radicales cada vez más, a causa de esto también, fueron desapareciendo de los discursos políticos de estos países (Moradiellos, 2001).

Precisamente, fue en medio de este panorama que Mussolini lanzó sus planes expansivos en África oriental. Amparadas tal vez por el exceso de confianza en los resultados positivos que podrían traer una posible negociación en un futuro, o hasta porque subestimaron las palabras del dictador, lo cierto es que la reacción de Gran Bretaña y de Francia en un principio no distó en lo absoluto de la perspectiva que en política exterior habían mantenido. Indudablemente, sobre todo en los primeros meses de preparación y de propaganda de las acciones que habían de desarrollarse en África por parte de Roma, Mussolini encontró el camino expedito para concretar sus propósitos al no tropezar con la más mínima objeción franco-británica, situación esta que aprovechó al máximo gracias al pleno conocimiento que poseía de las intenciones de ambos países en continuar conservando a Italia como aliado y de no empujarla a una coalición con Berlín.

El primer país en darle indirectamente luz verde en el asunto fue Francia. Enfrascado en la ampliación del sistema de alianzas, el Ministro de Asuntos Exteriores galo Pierre Laval se trazó, como uno de los principales objetivos, lograr un acercamiento a Italia y así conseguir un fuerte contrapeso alemán en la zona danubiana, contacto que se logró con la firma en enero de 1935 del Pacto Latino². De la noche a la mañana, el gobierno francés accedió a favorecer a Italia en las reclamaciones coloniales referidas al asunto de los italianos en Túnez, cuestión que tanto tiempo había ocupado a las cancillerías de ambos países y que ahora era muy conveniente volver a tratar gracias a los compromisos que de parte de Mussolini se podían obtener en cuanto a su accionar ulterior con respecto a Berlín. Más allá de la restructuración nada relevante de fronteras que este pacto pudo acarrear en África, lo más significativo que tuvo el hecho fue que la firma del acuerdo se hizo justo en el período en que ya

² Según este tratado, los dos países coincidían en la ilegalidad del rearme alemán y acordaron consultarse mutuamente y con Austria en caso de que se produjeran nuevas amenazas a la independencia de este último. En el ámbito colonial, Francia cedió a Italia 44500 millas cuadradas de territorio en la sección nororiental del África Occidental Francesa y de las dependencias de África Ecuatorial Francesa, ampliando así sus posesiones en Libia. De igual forma, le confirió parte de la colonia de Somalia francesa en África oriental con el objetivo de que Roma accediera sin problemas al estrecho de Bad el Mandeb, además de traspasarle el veinte por ciento de las acciones del ferrocarril Djiboutí-Addis Abeba. Por último, convinieron que los residentes italianos en Tunicia conservarían hasta 1965 los derechos especiales, y los niños que nacieran hasta 1945 se considerarían italianos, mientras los que lo hicieran de esa fecha hasta 1965 estarían en situación de optar por la ciudadanía francesa o italiana según conviniesen. (EDITORIAL, 1935:18)

Mussolini había puesto en marcha el movimiento de tropas y preparativos con destino a Etiopía, y sin embargo Laval no hizo ningún tipo de referencia al asunto de forma negativa, por lo que el Primer Ministro italiano intuyó que el consentimiento francés era seguro (Parker, 1983: 322). Tres meses más tarde, en Stresa, la delegación de la Gran Bretaña dará también el visto bueno a la pretensiones ítalas de forma muy parecida.

Después de que Hitler declarara la constitución oficial de la Fuerza Aérea Alemana así como la formación de un ejército nacional, dando las primeras muestras de lo que sería el futuro rearme alemán, Gran Bretaña, Francia e Italia convocaron a una conferencia en Stresa donde se llevó el tema a debate. Así, entre el 11 y el 14 de abril de 1935 se reunieron en la ciudad italiana los Primeros Ministros y Ministros de Asuntos Exteriores de los tres países, suscribiendo una resolución final en la que se condenaba el rearme alemán, se confirmaba el apoyo de los tres gobiernos a la independencia de Austria, y se declaraba su apoyo a los compromisos contraídos en Locarno respecto a los fronteras europeas. Resultado de la Conferencia de Stresa fueron, además, una declaración conjunta anglo-italiana y una declaración final de las tres potencias (Sera Vázquez, 1970: 441-443).

En esta ocasión, el dictador italiano apoyó con decisión esta acción y se opuso categóricamente a la agresión de una nación a otra que pusiera en peligro la paz en Europa. No obstante, el hecho de circunscribir la aplicación de los acuerdos y el alcance del frente creado solamente a Europa, como decía textualmente la moción, constituyó un acicate a los planes colonizadores en África oriental, además de que los representantes franceses e ingleses obviaron por completo, durante el encuentro, el desarrollo de los avanzados movimientos bélicos que paralelamente ocurrían desde Italia con destino a África. Interesados en obtener el respaldo de Mussolini con respecto a Alemania, no pareció aconsejable en ese momento hacer ninguna observación. Por tanto, al Primer Ministro italiano le dio la impresión, en cierto sentido con razón, de que los aliados aceptaban sus ideas expansivas (Churchill, 2007:137). De esta forma, de enero a abril, las potencias que pudieron haber mostrado alguna objeción y frenado con acciones enérgicas de Mussolini, dieron su conformidad lo que le hizo tomar fuerza y adelantar la campaña colonial.

La Sociedad de Naciones: entre la inoperancia y el miedo franco-británico

El proceder de la Sociedad de Naciones respecto a la disputa ítalo-etíope también estuvo contagiado por las mismas actitudes de las potencias

europas. Por más de diecisiete meses a partir de enero de 1935, la Sociedad mostró ser una organización manejada por el dueto franco-británico, ratificando su ineficiencia y demostrando que la tan ansiada paz mundial pendía de un hilo e iba camino a ser destruida por las políticas militaristas y expansivas de regímenes como el italiano, además de que estas actitudes eran favorecidas también por la tibieza de los pronunciamientos de la organización internacional.

Inmediatamente después del incidente de Walwal³, tanto Italia como Etiopía solicitaron recurrentemente la intervención de la Sociedad de Naciones a fin de llegar a un acuerdo. Sin embargo, el organismo internacional empleó una política de apaciguamiento que se tradujo en un sinnúmero de propuestas, todas ellas pensadas y articuladas por Gran Bretaña y Francia, y que no tuvieron otra finalidad que no fuese la de complacer y aplacar a Mussolini. Paralelamente, la prensa fascista inició una campaña difamatoria contra el tratamiento igualitario que se le daba a Etiopía, argumentos que estaban en correspondencia con los pensamientos de Mussolini quien expresó abiertamente, primero, «que la Sociedad de Naciones debía mantenerse al margen de la cuestión ítalo-etíope, y segundo, que era inaudito que una potencia como Italia fuera tratada al mismo nivel que un Estado bárbaro, donde todavía existía la esclavitud, su único ferrocarril tardaba diecinueve horas en cubrir el trayecto Addis Abeba-Djiboutí, y el Emperador no podía garantizar la seguridad de las pocas carreteras que existían» (Alpert, 2005:42). Si en un inicio el Primer Ministro italiano aparentó mostrarse presto a regirse por las normas internacionales y bilaterales contraídas por su gobierno, la inadvertencia mostrada por Francia y Gran Bretaña respecto a sus planes, sobre todo entre enero y abril, le dio el impulso necesario para mostrar sus verdaderas intenciones las cuales no tendrían otro objetivo y final que la conquista del territorio africano.

Al calor de los desplazamientos militares, en mayo de 1935 el gobierno británico, en contubernio con el embajador británico en Roma, comenzó a ofrecerle a Italia una serie de posibilidades que, en la mayoría de los casos, serán iniciativas preparadas por Londres y se le ofrecerán casi siempre extensiones de territorios coloniales a Italia. Por esta fecha, exactamente el 18 de

³ El 5 de diciembre de 1934, mientras una comisión mixta anglo-etíopica se encargaba de llevar a cabo la delimitación de fronteras entre el Somaliland británico y el Ogadén etíope, exactamente en el oasis de Walwal, el destacamento etíope encargado de la protección de dicha comisión entró en combate con un destacamento italiano, convirtiéndose así este incidente fronterizo en el *casus belli* perfecto para iniciar, por parte de Mussolini, la consolidación de la tan esperada agresión (Ortega y Gasset, 1935:170)

junio, la firma de un acuerdo naval privado entre la Gran Bretaña y Alemania provocó una incisión profunda en la histórica alianza franco-británica, situación esta que fue muy bien aprovechada, tanto por Hitler como por Mussolini, estimulando a este último a mantener una posición hostil y pertinaz en el proceso de conversaciones que se llevaba a cabo con Gran Bretaña y Francia respecto al conflicto con Etiopía.

Desde la proclamación en marzo de la creación de las Fuerzas Aéreas Alemanas por parte Hitler, las violaciones de los tratados de paz se hicieron recurrentes a manos del país europeo. Por si fuera poco, en conversaciones sostenidas con el Ministro de Asuntos Exteriores británico meses después, el propio Hitler aseguró que no había esperanzas ya de un desarme de los efectivos terrestres, puesto que él mismo había insistido con firmeza en mantener en tiempo de paz un ejército de 36 divisiones con más de medio millón de hombres. Sin embargo, indicó que podía aceptar una limitación de su poderío naval en relación con el de la armada británica (Parker, 1983:319). Como se trataba de una oportunidad que el gobierno inglés no podía dejar pasar por alto debido a que le permitiría, ante todo, mostrarse frente al amenazante poder de Berlín como una potencia conciliadora y comprensiva, no dudó en contraer el pacto en dicha materia. Puestas las dos partes de acuerdo, las delegaciones iniciaron las negociaciones que dieron como resultado un tratado por el que se fijó el tonelaje de la flota alemana en un treinta y cinco por ciento al de la flota de la Commonwealth británica, mientras se autorizaba a los alemanes a que igualasen a los británicos en la construcción de submarinos (Parker, 1983: 320).

Como era de esperar, la acción británica provocó sendas protestas por parte de Francia ante la Sociedad de Naciones, pues de la noche a la mañana, y de la mano de su supuesto amigo y único garante, Gran Bretaña, el país galo vio sus intereses vitales afectados por el permiso que Alemania había recibido para construir submarinos. Desde el punto de vista diplomático, Hitler ganó con la firma del acuerdo una gran batalla al lograr, primero, que el recién creado Frente de Stresa quedara completamente debilitado al estar dispuesto uno de sus signatarios a permitir el incumplimiento del Tratado de Versalles, además de reconocer la plena libertad y derecho al rearme militar de su país. Con este episodio, Mussolini comprobó que Londres no era ortodoxa en sus principios y mucho menos actuó de buena fe con sus otros aliados, sobre todo con París quien, de ahora en lo adelante, hizo mucho más explícita su inconformidad ante los reclamos que le hizo Gran Bretaña a Roma por los planes en Etiopía, e hizo todo lo posible por conservar su alianza con Mussolini (Churchill, 2007: 144).

Sin embargo, los grandes recelos acumulados entre las dos metrópolis europeas a causa de la agudeza hitleriana así como por la falta de lealtad británica -situación esta que un momento hizo hasta declarar a Pierre Laval la neutralidad de su país ante la disputa ítalo-etíope⁴-, no impidió que, a nombre de la Sociedad de Naciones, Gran Bretaña y Francia continuaran esforzándose en impedir la confrontación armada en el Cuerno Africano. En el mes de agosto, ahora por iniciativa de Laval, Eden recibió una nueva propuesta en la que se sugería la creación en Etiopía de un protectorado de la Sociedad de Naciones donde Italia tendría la primacía económica y política.

Este plan, sin dudas, otorgaba a Italia la posibilidad de llevar a cabo todos sus propósitos coloniales más, sin embargo, la propuesta no tuvo los resultados esperados ya que, según expuso la representación italiana que asistió al encuentro, el ingenioso plan dejaba al Emperador etíope como poseedor titular de sus territorios, algo que no se correspondía con las aspiraciones de Roma (Parker, 1983: 325). A ciencias ciertas, para esta fecha, era de esperar que Mussolini rechazara la propuesta pues había comprometido al máximo su prestigio para aceptar un plan que, aunque se sabía que era fruto del ingenio de sus aliados ingleses y franceses, constituiría un logro de la Sociedad de Naciones a la que tanto él mismo había criticado. De igual forma, cualquier aceptación por parte del dictador hubiera hecho parecer más una rendición que una aprobación producto del aumento de efectivos que Gran Bretaña había comenzado a mover lentamente para el Mediterráneo con el objetivo de amedrentarlo (Alpert, 2005: 44).

Verdaderamente, el fiasco sufrido por las potencias aliadas tras el fracaso con esta propuesta confirmó las creencias que abrigaban los altos funcionarios galos y británicos de que la guerra en África sería inevitable. La Gran Bretaña, una vez que vio que era imposible llegar a un acuerdo pacífico con Italia, desde el mes de agosto trató de hacer ver que sería capaz de emplear la fuerza e inició el desplazamiento e instalación de parte de su flota en el Mediterráneo y en Egipto en busca de que Italia abandonase sus planes, además de que también manejó, con esos mismos efectivos, la idea de cerrar el Canal de Suez como última opción (Alpert, 2005: 44). Así, en apenas quince días, una parte de la *Royal Navy* fue concentrada en la bahía de Valeta, en la posesión británica de isla de Malta, mientras que en Gibraltar los soldados emprendían maniobras y simulacros de ataque o defensa.

⁴ El 9 de julio de 1935 el gobierno francés anunció su «estricta neutralidad» en relación con la disputa entre Italia y Etiopía, y reiteró que su gobierno no se uniría a Gran Bretaña en las gestiones que hacía ese país para impedir que el Primer Ministro Mussolini declarase la guerra a Etiopía. (EFE, 1935: 20)

Por su parte, Francia intensificó sus acciones en pos de buscar no perder la amistad con Italia, además de que trató en todo momento de persuadir cualquier acción enérgica a manos de la Gran Bretaña. Durante todo el mes de septiembre, largos y enconados encuentros sesionaron entre ambos ministerios en los cuales la nación gala defendió su anhelo de que se acogiera el movimiento militar de Italia como una operación colonial, a lo que se le opuso rotundamente los enérgicos criterios británicos que exigían que la Liga debía hacer valer de inmediato sus derechos en la situación ítalo-etíope. Sin muchas posibilidades, París se vio obligada a adherirse de ahora en lo adelante, quisiera o no, a Gran Bretaña ante los problemas internacionales que les deparaban los próximos años. De manera clara, Roma le había demostrado a Francia que la cuestión de anexarse a Etiopía era demasiado fuerte por lo que sería imposible pensar en recibir el respaldo italiano a futuro si esta estaba del lado de la paz.

A solo dos días de que las Camisas Negras entraran a territorio africano, los puntos de vista de los dos principales gobiernos promovedores de las medidas a tomar por parte de la Liga si Italia invadiese, continuaban en franca oposición, lo que favorecía el progreso de los planes mussolinianos y restaba potestad a la Sociedad de Naciones. Más allá de la voluntad de París, esta situación era gracias a los profundos recelos que había provocado para con Londres la firma del tratado naval anglo-germano y sus implicaciones, mientras que la Gran Bretaña necesitaba a toda costa recuperar el consentimiento de Francia para castigar a Roma en caso que fuese necesario. No obstante, una vez que Italia cruzó la línea fronteriza desde Eritrea y en dirección a la capital del reino de Haile Selassié, el gabinete francés, adjudicando su paso «a su deber para con la Liga de las Naciones» (AP, 1935: 1), manifestó que apoyaría cualquier medida que se tomase siempre y cuando no fueran sanciones específicas, además de que se limitarían a aprobar sólo aquellas de carácter económico y financiero. (AP, 1935: 1)

Así, el día 5 de octubre, después de que llegase a Ginebra la protesta etíope en la que se informaba que el país africano había sido atacado, el Consejo de la Liga de las Naciones echó a andar todo el andamiaje oportuno para poner en marcha el estudio de las sanciones que habían de aplicarse a la «nación agresora», categoría que se le dio a Italia por el comité que se creó para tratar el conflicto. Este subgrupo de países miembros del Consejo fue integrado por Gran Bretaña, Francia, Portugal, Dinamarca, Rumanía y Chile los cuales, a menos de cuarenta y ocho horas de haberse roto las hostilidades, dictaminaron que «el Gobierno italiano había empleado el recurso de la guerra lo cual era contrario al artículo 12 del Pacto de Naciones» (Zimmern, 1935).

La decisión de aplicar sanciones económicas y financieras a Italia representaba, para la comunidad internacional, en especial para Gran Bretaña, la única forma posible por la que se lograría conseguir, por una parte, el consentimiento galo a tomar alguna represalia contra Roma por la violación de los tratados internacionales de paz, además que permitiría de manera disimulada implementar «severas acciones» de castigo que a su vez no provocaran la guerra. Según un acuerdo tomado el 2 de noviembre por el Comité de Coordinación en Ginebra, la aplicación del artículo XVI del Pacto de la Sociedad de Naciones comenzaría a aplicarse el día 18 de noviembre. A partir de la mencionada fecha, las cincuenta naciones que aprobaron las medidas a tomar comenzaron, de una manera u otra, a poner en marcha el bloqueo a Italia como medio de coacción. Así, a través de un programa que desde el inicio estuvo orientado a impresionar y nunca a de verdad forzar a la nación agresora por miedo a desencadenar una guerra, se escogieron oportunamente los productos que se podían o no recibir y enviar para y desde los puertos italianos.

Desde el punto de vista de las exportaciones, por ejemplo, se prohibió la expedición de aluminio hacia el país europeo, cuando en verdad éste era prácticamente el único metal que Italia producía en cantidades que superaban sus necesidades internas. De igual forma, se vetó duramente importar hacia el país mediterráneo chatarra, mineral de hierro, cizalla de acero, a sabiendas de que su industria metalúrgica apenas lo utilizaba. Este conjunto de acciones no paralizó a Italia sino más bien estimularon su espíritu bélico. Enfrentado a esta situación, Mussolini hizo una astuta declaración en respuesta por la cual, tanto al interior de su propio pueblo así como en el de los muchos grupos de seguidores que tenía a nivel internacional, le permitió encontrar un fuerte apoyo al expresar que «Italia responderá con disciplina, con frugalidad y con sacrificio» (Churchill, 2007: 124).

La propuesta hecha por el delegado canadiense de incluir el petróleo dentro de la lista de productos a embargar causó en Ginebra gran perturbación. A diferencia de algunas propuestas que se habían hecho, esta fue minuciosamente estudiada y discutida con cada una de las delegaciones por separado lo que desde el inicio indicó la poca acogida y disposición que tenía la organización ginebrina de llevarla a cabo. Con ese fin, el propio comité coordinador de las sanciones, en estrecha colaboración con el Ministro francés, estableció un plan de juntas y reuniones con tal objetivo que fue obstaculizado y dilatado consecuentemente. No obstante, la cuestión del petróleo, de llegarse a aplicar, hubiese chocado enérgicamente con la política de neutralidad proclamada por Estados Unidos ante la cuestión afro-europea, país que en aquel momento era el proveedor de más del seis por ciento del crudo que se

recibía en Italia, además de que el corte de suministros hubiera afectado también al temible Reich y adelantado la todavía impensada Segunda Guerra Mundial (Parker, 1983: 327).

Una de las causas que hizo que se aplazara la consulta y aprobación de la suspensión del suministro de petróleo a Italia fue las esperanzas que se depositó en la tristemente célebre propuesta de paz conocida internacionalmente como Plan Hoare-Laval. Como su nombre lo indica, una vez más esta oferta estuvo articulada por las potencias hacedoras de la política ginebrina, Gran Bretaña y Francia, y no fue otra cosa que el último intento por complacer al país agresor. A la altura del mes de noviembre y presionado por las sanciones, además de que pensaba en la imposibilidad de conquistar a Etiopía en los meses siguientes así como en las nefastas consecuencias que tendría para su régimen el desenlace de una guerra naval con Londres, el Primer Ministro fascista rumoró, como condición para llegar a un arreglo, la posibilidad de aceptar la cesión de una provincia etíope, el establecimiento de un mandato sobre los territorios no amhárnicos, así como la implantación de un mandato colectivo para la parte central del país africano (Parker, 1983: 325).

El 11 de diciembre se presentó el plan a Italia que coincidía fielmente con las pretensiones del Primer Ministro⁵. Sin embargo, no hubo necesidad de decepcionarse o alegrarse por la aceptación o no de la parte fascista. Después de la publicación del mismo por la prensa parisina, la opinión pública inglesa lo rechazó enérgicamente aludiendo que era insólito que al agresor se le ofrecieran recompensas por sus inicuas fechorías. Forzado a cambiar de opinión, el gabinete inglés se retractó de la decisión que había tomado, lo que trajo como consecuencia la dimisión del Ministro Hoare e hizo caer al recientemente reelecto Baldwin de su pináculo de reconocida supremacía nacional al abismo del ridículo y el desprecio.

De la manera que se ha esbozado, llenas de infructuosas decisiones, Gran Bretaña y Francia al frente de la Sociedad de Naciones continuaron intentando darle una solución pacífica al conflicto durante los primeros cuatro

⁵ La propuesta base preveía un canje de territorios por el que Italia recibiría lo siguiente: 1) La parte oriental de la provincia de Tigré, Adúa incluida. 2) El área danakil, con excepción del territorio que se necesitase para procurar a Abisinia un corredor que llegase a la parte meridional del Mar Rojo. 3) La porción oriental de Ogadén. En cambio, Abisinia recibiría solamente el estrecho corredor antes mencionado que conduciría al puerto italiano de Assab. De igual forma, se reconocía los derechos exclusivos italianos en todo el desarrollo económico futuro la zona que se extendía al oeste del centro de Ogadén, a través del valle de la Gran Grieta, hasta comprender la provincia de Kaffa. (Fitzgerald, 1950: 570).

meses de 1936. La remilitarización de la zona Renana por Alemania, la caída de la resistencia etíope, así como el triunfo inminente de las tropas fascistas sobre el deteriorado y casi inexistente ejército de Hailé Selassie entre marzo y mayo, demostraron a las potencias aliadas que todo su esfuerzo, el que habían empleado y el que pudieran hacer, sería insubstancial con la realidad y la suerte que había caído sobre Etiopía.

Consideraciones finales

La agresión italiana a Etiopía alteró la dinámica de las relaciones internacionales y modificó, además, las proyecciones políticas de los diferentes gobiernos europeos. Si en principio naciones como Gran Bretaña y Francia se esforzaron por conservar la alianza con Italia fue respondiendo a sus intereses particulares y con el expreso objetivo de mantener alejada a Roma de Berlín. Sin embargo, la irreverencia de Mussolini y las posiciones vacilantes de las potencias europeas hicieron fracasar esta táctica y, a la postre, en la medida en que no pudieron evitar el desenlace bélico también constituyeron un catalizador en la formación de los bloques que luego se enfrentarían en la Segunda Guerra Mundial.

Otro de los efectos directos que acarreó el segundo conflicto ítalo-etíope fue poner al descubierto la ineficacia de la Sociedad de Naciones en el mantenimiento de la paz. Este organismo internacional, sometido a los devaneos del dueto franco-británico, mostró en la práctica su incompetencia al no poder salvar a Etiopía de la guerra y tampoco conseguir castigar efectivamente al país agresor. La entrada de las tropas fascistas a Addis Abeba devino un eslabón más de la larga cadena de fracasos de la entidad, depositaria en teoría del sostenimiento de la estabilidad y la paz mundial.

Sin lugar a dudas, la actitud inconsecuente y vacilante que mantuvo Gran Bretaña y Francia para con su aliada Italia desde un inicio -una por no provocar la guerra, la otra por no perder la amistad del gobierno fascista-, provocó un estado de opinión general negativo que reafirmó, sobre todo a la renovada e imparable Alemania, lo débil que eran sus contrincantes. De igual forma, la política británica y francesa hundió a poco de su constitución el Frente de Stresa, quedando las cuatro potencias europeas divididas en dos contrados. Por si fuera poco, a sólo dos meses de haberse anunciado la fundación del Imperio de África Oriental Italiana, el desprestigiado organismo de la Sociedad de Naciones retiró las sanciones a Italia, encumbrando indirectamente la manera rápida, eficaz e implacable con que Benito Mussolini había llevado a

cabo la campaña. La conquista de Etiopía por parte de Italia se convirtió en el episodio que mejor ilustró la incompetencia del organismo internacional al cual, idílicamente, se le había confiado la estabilidad europea.

Bibliografía

- Albert, J. (2009). Las relaciones entre los fascismos y el movimiento nacionalista árabe. *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*, (6), 53-77.
- Alpert, M. (2005). La conquista de Abisinia (octubre, 1935-mayo, 1936). *Historia 16*, 29(354), 36-47.
- AP. (5 de julio de 1935). Laval recibe un voto de confianza del gobierno francés. *Diario de La Marina* (La Habana), p.1.
- Baudendistel, R. (1998). La fuerza frente al derecho: el Comité Internacional de la Cruz Roja y la guerra química en el conflicto ítalo-etíope de 1935-1936. *Revista Internacional de la Cruz Roja*, (145), 89-114.
- Churchill, W.S. (2007). *La Segunda Guerra Mundial* (I). Madrid: La esfera de los Libros, S.L.
- Consuegra Sanfiel, A. (2013). De Latinoamérica al Medio Oriente; alineamientos y compromisos frente a la guerra ítalo-abisinia (1935-1936). *Humania del Sur. Revista de Estudios Latinoamericanos, africanos y asiáticos*, 8(15), 117-133.
- Editorial. (26 de diciembre de 1935). El Mundo en 1935. *Diario de La Marina* (La Habana), p.18.
- Efe. (10 de julio de 1935). Francia anuncia su neutralidad en la disputa ítalo-abisinia. *Diario de La Marina* (La Habana), p.20.
- Entralgo, A. (1980). *África*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Fitzgerald, W. (1950). *África*. Barcelona: Ediciones Omega, S.A.
- Frenkel, M.Yu. (1985). Italo-Ethiopian War of 1935-1936 and the attitude to it of the progressive European public (as reflected in the journal «Negro Worker». En: *Anti-colonialism and democratic traditions in Europe: African Aspect*. Bratislava: Intitute of Historical Studies of the Slovak Academy of Sciences.
- Montes de Oca, M.T. (2004). *Historia General de Asia*. La Habana: Editorial Félix Varela.

- Moradiellos-García, E. (2001). Un Triángulo vital para la República: Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética ante la Guerra Civil española. *Amnis: Revue de Civilisation Contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale*, (1), 4.
- Ortega y Gasset, E. (1935). *Etiopía: el conflicto Ítalo-Abisinio*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.
- Parker, R. (1983). *El siglo XX: Europa, 1918-1945*. México: Editorial Siglo XXI.
- Renouvin, P. (1969). *Historia de las Relaciones Internacionales* (tomo II, vol. II). Madrid: Aguilar S.A.
- Scarzanella, E. (2007). Cuando la patria llama: Italia en guerra y los inmigrantes italianos en Argentina. *Nuevo mundo, mundos nuevos*, (7), 4.
- Seara Vázquez, M. (1970). *La paz precaria. De Versalles a Danzig* (tomo II). México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Sgrazutti, J. P. (1998). *La conquista de Abisinia: Consideraciones sobre la crisis económico-social en la Italia de los años 30*. Universidad de Valladolid: Servicio de Publicaciones.
- Zimmern, A. (1935). The League's Handling Of The Italo-Abyssinian Dispute. *International Affairs*, 14(6), 751-768.

Bibliografía

- Abir, Mordechai (1980). *Ethiopia and the Red Sea*. London: Frank Cass.
- Baer, George W. (1967). *The Coming of the Italian-Ethiopian War*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bahru, Zewde. (1991). *A History of Modern Ethiopia, 1855-1974*. Athens: Ohio University Press.
- Bassols Batalla, Ángel. (1987). *Una revolución victoriosa*. Universidad Nacional Autónoma de México: Editorial Nuestro Tiempo, S.A.
- Bertaux, Pierre. (1972). *África, desde la prehistoria hasta los Estados actuales. Historia Universal Siglo XXI*. Madrid: Ediciones Castilla, S.A.
- Clapham, Christopher S. (1969). *Haile Selassie's Government*. New York: Praeger.
- Colectivo de Autores. (1968). *A history of Africa, 1918-1967*. Moscú: Nauka Publishing House.

- Colectivo de Autores. (1985). *Africa under Colonial Domination*. Berkeley: University of California Press.
- Del Valle, Alejandro. (1937). *Un hombre Blanco en el infierno negro*. La Habana: Maza. Caso y Cía.
- Entralgo, Armando (1989). *Panafricanismo y unidad africana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- González, David. (1984). *Etiopía a la hora de la repartición de África*. La Habana: CEAMO (Folleto). 1984.
- Italiander, Rolf . (1961). *La hora de África*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Larebo, Haile M. (1994). *The Building of an Empire: Italian Land Policy and Practice in Ethiopia 1935-1941*. Oxford: Clarendon Press.
- Marcoff, Alexis. 1936). *Los 7.000 años de Etiopía, ensayo histórico del imperio abisinio*. Barcelona: Casa Editorial Araluce.
- Sánchez Porro, Reinaldo. (1987). Etiopía: el «*imbroglio*» de Crispi, ¿un protectorado por error de traducción? en *África en dificultades*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Società Editrice di Novissima. (1928). *Italia y Abisinia*. Roma, A XIV
- Thomson, David. (1980). La década de la preguerra, 1929 a 1939, *Historia Mundial de 1914 a 1968*. F.C.E.